

La Espera

Esto que os voy a contar ocurrió en esta tierra.
Precisamente aquí.
En este territorio.
En este suelo.
No hay allí. Está todo aquí.
Entre mieses y olivos y encinas.
Solo encontramos lo que buscamos.

Fue aquí y ahora entre mieses y olivos y encinas. Y voy a mirar hacia atrás y hacia adelante. A las cosas que están detrás y delante, en mi vida, para después enumerarlas en el presente.
Voy a darle una patada al culo del tiempo y dejarlo dando volteretas.
Después de verlo ya no se puede no ver. Después de escucharlo, no se puede no recordar.

Mi nombre es Adelaide y mi madre se llamaba Antónia y mi padre se llamaba João. Y lo que os voy a contar ocurrió aquí en Sousel con Antónia y João.
Delante y detrás. No importa. Y está basado en hechos.
Aunque la distinción entre hechos y ficción es un aprendizaje tardío del pensamiento racional. Pobre realidad: me da pena. Y la razón. Por consiguiente.

Perdonadme si hablo rápido. Si tengo fuego en la boca. Si la sangre estalla dentro de mí. Son demasiadas palabras las que ocurren. Son las palabras las que hacen el mundo. Y yo soy la tercera persona. La tercera parte. La que ya está en la tercera edad. Y por eso tengo prisa. Son las emociones las que nos permiten sobrevivir.

Antónia conoció a João con quince años y no volvió a ser la misma. Ese día, João tenía diecinueve y permaneció inmutable. Todo empezó ese día. Ese día que nació con una belleza frágil. El sol brillaba, generoso. Corría una brisa en los campos ondulantes. Un airecillo de voluntad. Una disposición en el aire y en las mieses.

Antónia iba en bicicleta a la venta a hacerle un recado a su madre. El sol le azotaba la frente, las mejillas, la nuca, los brazos expuestos por el vestido ligero. João iba en bicicleta en busca de algo que lo ocupara. De algo a punto de suceder. Y que, aunque no estuviera a punto, João se ponía en marcha para acelerar el proceso de provocar corrientes de aire. Antónia ya había oído hablar de João. João esto. João lo otro. João,

el ladrón de bragas. João, el arranca corazones. João, picha brava. João, embustero, sinvergüenza, canalla, estafador. Cualquiera cosa, João. Nombre propio y acontecimientos escabrosos pasaban de boca en boca por todas las bocas de este pueblo en una alegre saliva.

Ese día, Antónia venía de arriba, pedaleando. João, silbando, venía de abajo. Las dos bicicletas se cruzaron. João tocó el timbre y puso el pie en el suelo. Antónia detuvo la marcha.

João, parado en medio del camino, miró a los ojos de madera clara de Antónia. Antónia sintió inmediatamente el impacto. Pestañeó, para intentar escapar. João se dio cuenta y cobró aliento. Prosiguió la ofensiva. Poseía una mirada que traspasaba.

No hace falta que me mires de esa forma. Como si mi cuerpo fuera el paraíso. Antónia no llegó a pronunciar estas frases, por falta de valor, pero las pensó. Fue João quien se lanzó.

¿No quieres ir a ver las gallinas?

¿Cuáles?

Las mías. Son de buena raza.

¿Quiénes?

Las gallinas. Son ponedoras.

Tengo que ir a hacer un recado.

Te hará daño.

¿Qué?

Pedalear al sol. En el gallinero hay sombra.

El sol me gusta y no soy como tú.

¿No?

No hablo tu idioma.

¿No?

No. Tú eres un chucho. Yo tengo pedigrí.

¿Pedicura?

No seas tonto.

Tonto, no. Soy chucho y rastreador y pistolero. Tengo buen olfato. Buena puntería. Y eso es lo que me ha traído hasta aquí. ¿No lo entiendes? Eso es lo que me ha traído hasta ti, Antónia. Y ahora solo quiero verte, oírte, lamerte, olerte.

Con el rostro húmedo y la respiración acelerada, Antónia tuvo dificultad en mantener la barbilla levantada. Porque era mediodía. Porque ya se había enamorado de João. Porque tenía el entusiasmo atrapado en el vientre. Porque nunca había pensado que era de esas que se enamoran rápido.

Sudando abundantemente, Antónia pensó:

El amor es una vaca que se echa encima de nosotros.

Así es.

El amor es una vaca que se echa encima de nosotros.

Días más tarde, después de haber ido a buscar huevos al gallinero, João se echó encima de Antónia bajo una encina y el eje de rotación del mundo de Antónia cambió. Sufrió un bandazo. Una colisión. Una estocada cósmica. Antónia dejó de saber dónde se ponía el sol, de qué lado soplabla el viento, cómo alimentar a las cerdas o hacer migas con espárragos. Perdió el equilibrio, el paladar, la orientación, la mano para la sal, aquel amor fue así: una aniquilación. El futuro de Antónia, que tenía las puertas abiertas apuntadas a Lisboa, se cerró para siempre en Sousel, en un amor presente llamado João.

Antónia desaceleró, retrocedió. El tiempo pasó a ser circular. Se encerró en casa, del mismo modo que cerró los postigos para que no entrara el calor, esperando que el amor volviera de noche con la fresca. En las noches en que João volvía a casa (cuando volvía), Antónia le lavaba los pies con cariño y ternura en un barreño metálico con agua templada mientras João vociferaba voluntades y amenazas contra el mundo, apestando a aguardiente.

Claro que a esto no asistí. Todavía no había nacido. Pero el amor confirma la existencia de Antónia y de João. Y posteriormente la mía.

Fui concebida una noche sin luna, el día después del regreso de mi padre a casa. João llevaba varias semanas por Estremoz trabajando en un circo donde hacía trucos de ilusionismo. Trucos de magia. Prestidigitación. Hipnitizando a animales y personas. Antónia y João acababan de cenar unas migas y unas buenas copas de tinto malo cuando decidieron meterse en la cama para derribar la distancia que habían construido las horas de añoranza.

Desde el primer momento, Antónia supo quién era João. Lo caló inmediatamente. Un mujeriego alcohólico buscavidas mequetrefe cantamañanas. Un pobre diablo que había nacido a la izquierda de una mies. Un desgraciado con el demonio en la picha. Que fornicaba con todo lo que llevara bragas de encaje. Que bebía del cuello hasta el

fondo todo lo que fuera destilado. Que se inventaba mentiras cada tres frases. Que tenía una máquina de hacer dinero falso en el taller. Sin embargo, a pesar de todo, de las advertencias paternas y externas, de la saliva alegre de los rumores, Antónia aceptó a João precisamente como era. Él no tenía que desnudarse. Cambiar de personaje o de cabeza según la situación social. Lo amaba feroz e incondicionalmente. Porque João era la palabra que ocupaba sus días. Mi João, decía. Aunque consciente de la mentira –João nunca sería suyo íntegramente, diariamente, futuramente–, sabía que un amor de esos solo se siente una vez en la vida. Y es mejor perder la vida por un amor que un amor por una vida.

Me importa un pimiento la felicidad. Si nadie enseña a vivir porque sabemos cómo termina, nadie enseña a amar porque el amor es un tractor en estado salvaje. La vida es una enfermedad mortal. El amor es un tractor turbodiésel. Se lo lleva todo por delante. Afirmaba Antónia.

Después de haber estafado a una buena parte de las cabezas de esta provincia y vecinos, de haber segado trocientos matrimonios, trillado todos los negocios posibles e imaginarios, João se dio cuenta de que por allí ya poco o nada había. Necesitaba cambiar de aires, de paisajes, encontrar otros vientos y nuevas bragas. Mi vida tiene un destino: África. Dijo João.

Así fue.

Lo que había sido una vaca, después tractor, pasó a ser distancia: el amor. Y esto es. El mundo está hecho de palabras.

João se marchó a África en un buque con nombre de mujer, cuando yo estaba en la escuela primaria. Para trabajar en la granja de un tío en Malanje. En la explotación de-no-se-sabe-muy-bien-qué del tío rico de Canambua, aseguraba él. Con la promesa de que escribiría cada semana. Que iría por delante a allanar el camino para llevarnos junto a él lo antes posible. Con la seguridad convencida de que hasta el paraíso envidiaba esa tierra.

Y así fue.

El amor es un tractor en estado salvaje.

João se fue. Y Antónia se quedó. João huyó. Y Antónia se quedó. Y yo me quedé con ella. Mi madre se quedó como se quedan todas las mujeres que ven cómo los hombres se van. No tienen otro remedio sino quedarse y que en los ojos les salgan agujeros negros. Mirarla era como mirar un inmenso vacío. Y había que mirar para ver lo que no podía verse. Puedes estar destruido por dentro y el mundo no lo sabe. Antónia se quedó como se quedan todas las mujeres que ven cómo los hombres se van. Se quedó sola en Sousel con la casa que cuidar. Se quedó sola con su hija a la que alimentar y cuidar. Se quedó sola haciendo las tostadas, la leche con café, la

sopa de tomate, arreglándome las mantas para que no entrara el frío, ayudándome a cantar la tabla al derecho y al revés. Se quedó sola trabajando en la era. Se quedó sola trabajando la tierra, masticándose el corazón y dejándose los pies en la tierra del demonio. Se quedó sola frente a los ojos vecinos. Se quedó sola frente a las bocas ajenas y los rumores.

Después de que João se marchara, Antónia cayó en una depresión. Y cuando levantaba la vista, no se reconocía. Se convirtió en una mujer abismo. Bastaba una respuesta suya para dejarme al borde del precipicio.

- La oscuridad no quita la oscuridad, Adelaide.
- Allá donde no soy otra sino que soy yo.
- Hay que captar la distracción ocasional de las cosas.
- Su manzana me comió.

Son algunos ejemplos.

De vez en cuando, nos llegaba una carta de João. Y esos eran días de sol para Antónia. Eran esos relámpagos que iluminan la distancia en medio de la tormenta. Nada más acercarse al sobre, lo oscuro de los ojos de Antónia cobraba un fondo al fondo del túnel. Aunque estas misivas que recibíamos, dispersas, eran en su mayoría de carácter telegráfico.

Ya estoy aquí. Firmado João.

Ya he encontrado diamantes. Firmado João.

Mañana compraré una cama para ti y otra para la chiquilla y una red mosquitera.

Firmado João.

Palmeras y vegetación densa. Ya me ha picado la nigua. Firmado João.

Está casi. No queda nada. Firmado João.

Han surgido unos imprevistos. Unos líos. Voy a casa por Navidad. Espérame en la estación. Firmado João.

Y fue esta última misiva la que desencadenó el resto.

Todos los días, a la misma hora, mi madre vestía su mejor vestido, me ponía un lazo en la cabeza y me llevaba de la mano a la estación de Soussel.

Solo encontramos lo que buscamos.

Nos quedábamos de pie, paradas frente a la pared forrada de azulejos verdes, con el cuello girado hacia el lado de la línea que traería el tren que traería a João. Y lo que

había sido una vaca, después un tractor, que pasó a ser distancia, era ahora un tren que nunca cambia de línea. Porque el amor siempre sigue hacia delante.

Y esto es.

Por culpa del amor llamado João, Antónia nunca más pudo pensar sobre todo, de reflexionar sobre todo, dar una opinión sobre todo. Porque. Sabéis por qué. Porque. No es posible. No es. Posible. Entender el amor es más difícil que inventar historias. Durante 30 años, sin fallos, Antónia tomó el camino de la estación de Sousel para esperar el tren que traería a João.

Los trenes pasaron. Y João nunca se bajó.

No vale la pena fingir que esto no sucedió. Si estoy aquí. Arrancando las raíces de las palabras. Arañando el cielo. Arañándome la boca. Hablando para averiguar mi identidad. Soy una araña ronca contando esta historia. Quiero de verdad contar esta historia. Quiero acaparar la vida. Y lo que se esconde detrás de las venas y las telas. Algo verdadero está ante vuestros ojos. Creedme. Esta historia ha roto vidas en pedazos. Se trata de la historia trágica de personas como nosotros. Casas encaladas, campos ondulados, olivos, alcornoques, encinas. De los huesos que quedaron de las historias de gente trágica como nosotros. No maquillaré el asunto. Esto es lo que tengo que decir. Y esto es lo que voy a decir. El peligro no está en las frases. Sino en el modo en que se presentan. No me miréis así. Aunque estoy en la tercera edad, soy fácilmente influenciable.

Nos olvidamos de tantas cosas. Sobre todo, nos olvidamos lo que quisiéramos recordar, convertirnos en carne, presente, aliento, día. Y desgraciadamente recordamos tantas cosas que queríamos olvidar. Y yo fui la que sobrevivió.

Sigo haciendo el camino que hacía mi madre. Todos los días voy andando a la estación, desmantelada mientras tanto. Los zapatos gastados. El corazón masticado. Y me siento en el banco y espero. Soy Adelaide haciendo de Antónia. Siempre con la esperanza de oír saltando del altavoz una voz raspada anunciando:

Va a entrar en la estación de Sousel un tren procedente de Estremoz que circula con 50 años de retraso.

Sandro William Junqueira